

Anton Pannekoek**Observaciones generales a la cuestión de la organización**

La organización es el primer principio en la lucha de la clase obrera por su emancipación. De aquí que las formas de organización constituyan el problema más importante en la práctica del movimiento obrero. Está claro que estas formas dependen de las condiciones de sociedad y de los objetivos de la lucha. No pueden ser invención de la teoría, sino que han de ser edificadas espontáneamente por la clase obrera misma, guiada por sus necesidades inmediatas.

[La formación de los sindicatos y los partidos políticos]

Con el capitalismo en expansión, lo primero que construyeron los obreros fueron sus sindicatos. El obrero aislado era impotente contra el capitalista; por eso tenía que unirse con sus compañeros negociando y luchando sobre el precio de su fuerza de trabajo y la jornada de trabajo. Los capitalistas y los obreros tienen intereses opuestos en la producción capitalista; su lucha de clases tiene su base en la división del producto total entre ellos. En el capitalismo normal, la parte de los obreros es el valor de su fuerza de trabajo, es decir, lo que es necesario para sostener y restaurar continuamente sus capacidades para trabajar. La parte restante del producto es la plusvalía, la parte de la clase capitalista. Los capitalistas, para aumentar su ganancia, intentan bajar los salarios e incrementar las horas de trabajo. Donde los obreros eran impotentes, los salarios estaban deprimidos bajo el mínimo existencial; se extendieron las horas de trabajo hasta deteriorar tanto la salud corporal y mental de la clase obrera que se puso en peligro el futuro de la sociedad. La formación de uniones y de leyes que regulasen las condiciones de trabajo --rasgos en ascenso a causa de la lucha amarga de los obreros por sus mismas vidas-- era necesario para restaurar las condiciones normales de trabajo en el capitalismo. La propia clase capitalista reconoció que los sindicatos son necesarios para dirigir la revuelta de los obreros dentro de los cauces regulares, para prevenirse ella misma del estallido de explosiones repentinas.

Similarmente, han crecido las organizaciones políticas, aunque no en todas partes de exactamente la misma manera, porque las condiciones políticas son diferentes en los distintos países. En América, donde una población de campesinos, artesanos y comerciantes libres de las ataduras feudales podrían expandirse sobre un continente con ilimitadas posibilidades, conquistando los recursos naturales, los obreros no se sentían ellos mismos una clase separada. Fueron imbuidos, como lo era el conjunto de la gente, con el espíritu burgués del individuo y la lucha colectiva para el bienestar personal, y las condiciones hicieron posible que esto tuviese éxito hasta cierto punto. Excepto en momentos raros o entre los recientes grupos de inmigrantes, no se vio la necesidad de un partido separado de la clase obrera. En los países europeos, por otra parte, los obreros fueron arrastrados a la lucha política por la pugna de la burguesía ascendente contra el feudalismo. Tuvieron pronto que formar partidos obreros y, junto a una parte de la burguesía, que luchar por sus derechos políticos: por el derecho para formar uniones, por la libertad de prensa y de expresión, por el sufragio universal, por las instituciones democráticas. Un partido político necesita principios generales para su propaganda; para su lucha con otros partidos requiere una teoría que tenga una visión definida sobre el futuro de sociedad. La clase obrera europea, en que las ideas comunistas ya se habían desarrollado, encontró su teoría en el trabajo científico de Marx y Engels, explicando el desarrollo de sociedad a través del capitalismo hacia el comunismo por medio de la lucha de clases. Esta teoría se aceptó en los programas de los Partidos Social-Demócratas de la mayoría de los países europeos; en Inglaterra, el Partido Laborista formado por los sindicatos, profesaría análogas pero imprecisas ideas acerca de un tipo de república socialista como el objetivo de los obreros.

En su programa y propaganda, la revolución proletaria era el resultado final de la lucha de clases; la victoria de la clase obrera sobre sus opresores sería el principio de un sistema de producción comunista o socialista. Pero durante tanto tiempo como durase el capitalismo, la lucha práctica tenía que centrarse en las necesidades inmediatas y la preservación de las leyes en el capitalismo. Bajo el gobierno parlamentario, el parlamento es el campo de batalla donde se encuentran los intereses de las distintas clases de la sociedad; los capitalistas grandes y pequeños, los terratenientes, los campesinos, los artesanos, los comerciantes, los industriales, los obreros, todos tienen sus intereses especiales que son defendidos por sus portavoces en el parlamento, todos participan en la lucha por el poder y por su parte en el producto total. Los obreros tienen que tomar parte en esta lucha. Los partidos del trabajo o socialistas tienen la tarea especial de luchar con medios políticos por las necesidades inmediatas e intereses de los obreros dentro de capitalismo. De esta manera consiguen los votos de los obreros y crecen en influencia política.

[La degeneración de ambas formas de organización en instrumentos del capital contra el proletariado]

Con el moderno desarrollo del capitalismo, las condiciones han cambiado. Los pequeños talleres han sido reemplazados por las grandes fábricas y plantas, con miles y decenas de miles de obreros. Con este crecimiento del capitalismo y de la clase obrera, sus organizaciones tenían también que extenderse. De grupos locales los sindicatos crecieron a federaciones nacionales con centenares de miles de miembros. Tenían que recolectar grandes fondos para el apoyo a las grandes huelgas, y todavía mayores para los seguros sociales. Desarrollaron un gran cuerpo de gerentes, administradores, presidentes, secretarías, editores de sus publicaciones, una burocracia completa de dirigentes de la organización. Tenían que disputar y negociar con los patrones; se hicieron los especialistas cualificados en los métodos y las situaciones. Con el tiempo llegaron a convertirse en los dirigentes reales, los amos de las organizaciones, amos del dinero así como de la prensa, mientras los mismos miembros perdieron mucho de su poder. Este desarrollo de las organizaciones de la clase obrera hacia convertirse en instrumentos de poder sobre ella tiene muchos ejemplos en la historia; cuando las organizaciones se desarrollan demasiado, las masas pierden el control sobre ellas.

El mismo cambio tiene lugar en las organizaciones políticas, cuando de pequeños grupos de propaganda pasan a ser grandes partidos políticos. Los representantes parlamentarios son los políticos principales del partido. Tienen que efectuar la lucha real en los cuerpos representativos; son los especialistas en ese campo; componen la editorial, la propaganda, y el personal ejecutivo: su influencia determina la política y la línea táctica del partido. Los miembros pueden enviar delegados que debatan en los congresos del partido, pero su poder es nominal e ilusorio. El carácter de la organización se asemeja en eso al de los otros partidos políticos --organizaciones de políticos que intentan ganar los votos para sus eslóganes y el poder para ellos--. Una vez un partido socialista tiene un número grande de delegados en el parlamento, se alía con otros contra los partidos reaccionarios para formar una mayoría activa. Pronto los socialistas llegan a ser ministros, funcionarios estatales, alcaldes y concejales. Por supuesto, en esta posición no pueden actuar como delegados de la clase obrera, gobernando para los obreros contra la clase capitalista. El poder político real e incluso la mayoría parlamentaria permanecen en manos de la clase capitalista. Los ministros socialistas tienen que representar los intereses de la sociedad capitalista presente, es decir, los de la clase capitalista. Pueden intentar emprender medidas por los intereses inmediatos de los obreros e intentar inducir a los partidos capitalistas a conformarse. Se hacen intermediarios, mediadores que interceden con la clase capitalista para que consienta pequeñas reformas para los intereses de los obreros, y luego intenta convencer a los obreros que éstas son reformas importantes que deben aceptar. Y así, el Partido Socialista, como un instrumento en manos de estos dirigentes, tiene que apoyarlos y también, en lugar de llamar a los obreros a luchar por sus intereses, busca pacificarlos, apartarlos de la lucha de clase.

De hecho, las condiciones de la lucha se han hecho peores para los obreros. El poder de la clase capitalista ha aumentado enormemente con su capital. La concentración de capital en manos de un puñado de capitanes de las finanzas y la industria, la unión de los patrones mismos, confronta a los sindicatos con una poder mas fuerte y a menudo casi inexpugnable. La feroz competición de los capitalistas de todos los países por los mercados, materias primas y poder mundial, la necesidad de usar partes crecientes de la plusvalía para esta competición, para los armamentos y la asistencia pública, la tasa decreciente de ganancia, compele a los capitalistas a aumentar la tasa de explotación, es decir, a empeorar las condiciones de trabajo para los obreros. Así los sindicatos encuentran una resistencia creciente, los viejos métodos de lucha se vuelven inútiles. En su trato con los patrones los jefes de la organización tienen menos éxito; porque conocen el poder de los capitalistas, y porque ellos mismos no quieren luchar --desde que en tal lucha podrían perderse los fondos y la existencia entera de la organización-- deben aceptar lo que los patrones ofrecen. Así que su tarea principal es suavizar el descontento de los obreros y defender las propuestas de los patrones como progresos importantes. Aquí también los jefes de las organizaciones obreras se han vuelto los mediadores entre las clases contrarias. Y cuando los obreros no aceptan las condiciones y atacan, los jefes deben oponerse o asumir una lucha fingida, a ser interrumpida tan pronto como sea posible.

[La tendencia espontánea a desarrollar nuevas formas de lucha y de organización]

La misma lucha, sin embargo, no puede ser detenida o minimizada; el antagonismo de clases y las fuerzas depresoras del capitalismo están en aumento, por lo que la lucha de clases debe seguir, los obreros deben luchar. Pasa un tiempo y espontáneamente dan rienda suelta a la lucha sin preguntar al sindicato y a menudo contra sus decisiones. A veces los jefes sindicales tienen éxito recobrando el mando sobre estas acciones. Esto significa que la lucha será sofocada gradualmente, mediante algún nuevo acuerdo entre los capitalistas y los jefes obreros. Pero no significa que sin esta interferencia se ganarían tales huelgas salvajes. Son demasiado restringidas. Sólo indirectamente el miedo a tales explosiones hace a los capitalistas inclinarse a tener prudencia. Pero estas huelgas demuestran que la lucha de clases entre capital y trabajo no puede cesar, y que, cuando las viejas formas ya no son factibles más, los obreros espontáneamente prueban y desarrollan nuevas formas de acción. En estas acciones la revuelta contra el capital también es la revuelta contra las viejas formas organizativas.

El objetivo y la tarea de la clase obrera es la abolición del capitalismo. El capitalismo en su desarrollo más elevado, con sus siempre más profundas crisis económicas, su imperialismo, sus armamentos, sus guerras mundiales, amenazan a los obreros con la miseria y la destrucción. La lucha de la clase proletaria, la resistencia y revuelta contra esas condiciones, debe seguir hasta que la dominación capitalista sea derrocada y el capitalismo destruido.

El capitalismo significa que el aparato productivo está en las manos de los capitalistas. Porque ellos son los amos del medios de producción, y por ello de los productos, pueden apropiarse de la plusvalía y explotar a la clase obrera. Sólo cuando la propia clase obrera es dueña de los medios de producción la explotación cesa. Entonces los obreros controlan completamente sus condiciones de vida. La producción de todo lo necesario para la vida es la tarea común de la comunidad obrera, que es entonces la comunidad misma de la humanidad. Esta producción es un proceso colectivo. Primero cada fábrica, cada gran planta, es una colectividad de obreros, combinando sus esfuerzos de una manera organizada. Es más, la totalidad de la producción mundial es un proceso colectivo; todas las fábricas separadas tienen que ser combinadas en una totalidad de producción. Por lo tanto, cuando la clase obrera toma posesión de los medios de producción, tiene al mismo tiempo que *crear una organización de la producción*.

Hay muchos que piensan en la revolución proletaria en los términos de las revoluciones anteriores de la clase media, como una serie de fases consecutivas: primero, conquista del gobierno e instalación de un nuevo gobierno, entonces la expropiación de la clase capitalista por la ley, y luego una nueva organización del proceso de producción. Pero los tales eventos sólo podrían llevar a algún tipo de capitalismo de estado. Al tiempo que el proletariado se eleva a la dominación, desarrolla simultáneamente su propia organización y las formas del nuevo orden económico. Estos dos desarrollos son inseparables y forman el proceso de la revolución social. La organización de la clase obrera en un cuerpo fuerte capaz de acciones unitarias masivas ya significa la revolución, porque el capitalismo sólo puede gobernar a individuos desorganizados. Cuando estas masas organizadas se alzan en luchas de masas y acciones revolucionarias, y los poderes existentes son paralizados y desintegrados, entonces simultáneamente las funciones de dirección y regulación de los gobiernos anteriores recaen en las organizaciones de los obreros. Y la tarea inmediata es continuar la producción, continuar el proceso básico de la vida social. Puesto que la lucha de la clase revolucionaria contra la burguesía y sus órganos son inseparables de la apropiación del aparato productivo por los obreros y su aplicación a la producción, la misma organización que une la clase para su lucha también actúa como la organización del nuevo proceso productivo.

Está claro que las formas organizativas del sindicato y el partido político, heredadas del período de capitalismo en expansión, son inútiles ahora. Se convirtieron en instrumentos en manos de jefes incapaces y reacios a comprometerse en la lucha revolucionaria. Los jefes no pueden hacer revoluciones: los jefes obreros detestan una revolución proletaria. Para las luchas revolucionarias los obreros necesitan nuevas formas de organización en las que preservar la capacidad de acción en sus propias manos. Es en vano intentar construir o imaginar estas nuevas formas; sólo pueden originarse en la lucha práctica de los obreros mismos. Ya se han originado allí; nosotros sólo tenemos que observar la práctica para encontrar sus inicios en todas partes que los obreros están rebelándose contra los viejos poderes.

En una huelga salvaje, los obreros deciden acerca de todos los problemas a través de reuniones ordinarias. Escogen los comités de huelga como cuerpos centrales, pero los miembros de estos comités pueden ser revocados y reemplazados en cualquier momento. Si la huelga se extiende sobre un número grande de talleres, logran la unidad de acción mediante comités más grandes consistentes en delegados de todos los talleres separados. Los tales comités no son cuerpos para toma de decisiones según su propia opinión, y por encima de los obreros; simplemente son mensajeros, comunicando las opiniones y deseos de los grupos que ellos representan, y recíprocamente, trayendo a las reuniones del taller, para la discusión y decisión, la opinión y argumentos de los otros grupos. No pueden desempeñar los papeles de jefes, porque pueden ser instantáneamente reemplazados por otros. Los obreros mismos deben escoger su camino, decidir sus acciones; sostener enteramente su acción con todas sus dificultades, sus riesgos y sus responsabilidades, en sus propias manos. Y cuando la huelga ha terminado, los comités desaparecen.

Los únicos ejemplos de una clase obrera industrial moderna como la fuerza motora de una revolución política fueron las revoluciones rusas de 1905 y 1917. Aquí los obreros de cada fábrica escogieron delegados, y los delegados de todas las fábricas formaron juntos el 'soviet', el consejo dónde la situación política y las acciones necesarias eran discutidas. Las opiniones de las fábricas quedaban recogidas, sus deseos armonizados, sus decisiones formuladas. Pero los consejos, aun siendo una fuerte influencia dirigida a la educación revolucionaria a través de la acción, no eran cuerpos de mando. Algunas veces un consejo entero era arrestado y reorganizado con nuevos delegados; otras, cuando las autoridades eran paralizadas por una huelga general, los soviets actuaban como un gobierno local, y delegados de profesiones libres se les unieron para representar su campo de trabajo. Aquí tenemos la organización de los obreros en la acción revolucionaria, aunque por supuesto sólo imperfectamente, a tientas y probando nuevos métodos. Esto sólo es posible cuando todos los obreros con todas

sus fuerzas participan en la acción, cuando su misma existencia está en juego, cuando toman parte actualizadamente en las decisiones y se consagran completamente a la lucha revolucionaria.

Después de la revolución, esta organización del consejo desapareció. Los centros proletarios de la gran industria eran pequeñas islas en un océano de sociedad agrícola primitiva en la que el desarrollo capitalista no había empezado todavía. La tarea de poner en marcha [o " *edificar* "] el capitalismo recayó en el Partido Comunista. Simultáneamente, el poder político se centralizó en sus manos y los soviets fueron reducidos a órganos subordinados con poderes sólo nominales.

[Las condiciones para la nueva forma de los Consejos Obreros. Oposición entre democracia proletaria y democracia burguesa.]

Las viejas formas de organización, el sindicato y el partido político, y la nueva forma de los consejos (soviets), pertenecen a fases diferentes en el desarrollo de la sociedad y tienen diferentes funciones. Las primeras tienen que afianzar la posición de la clase obrera entre las otras clases dentro del capitalismo, y pertenecen al periodo de capitalismo expansivo. La última ha de asegurar la dominación completa de los obreros, para destruir capitalismo y sus divisiones de clase, y pertenece al periodo del capitalismo en declive. En un capitalismo ascendente y próspero, la organización de consejos es imposible porque los obreros están completamente ocupados en el mejoramiento de su condición, lo cual es posible en ese periodo a través de los sindicatos y de la acción política. En un capitalismo decadente que navega en la crisis, estos esfuerzos son inútiles y la fe en ellos sólo puede estorbar el aumento de la autoactividad de las masas. En tales periodos, de elevada tensión y de revuelta creciente contra la miseria, cuando los movimientos de huelga se propagan por países enteros y golpean las raíces del poder capitalista, o cuando, siguiendo a guerras o a catástrofes políticas, la autoridad gubernamental se desmorona y las masas actúan, las viejas formas organizativas fracasan contra las nuevas formas de autoactividad de las masas.

Los portavoces de los partidos socialistas o comunistas admiten a menudo que, en la revolución, los órganos de acción autónoma de las masas son útiles destruyendo la vieja dominación; pero entonces ellos plantean que éstos tienen que ceder a la democracia parlamentaria la función de organizar la nueva sociedad. Permítasenos comparar los principios básicos de ambas formas de organización política de la sociedad.

La democracia primitiva en pueblos pequeños y distritos fue ejercida por la asamblea del conjunto de los ciudadanos. Con la gran población de los pueblos modernos y países esto es imposible. Las personas sólo pueden expresar su voluntad escogiendo delegados para algún cuerpo central que los representa todos. Los delegados para los cuerpos parlamentarios son libres actuar, decidir, votar, para gobernar mediante su propia opinión con 'honor y conciencia', tal y como es llamado a menudo en términos solemnes.

Los delegados del consejo, sin embargo, están limitados por mandato; son enviados simplemente para expresar las opiniones de los grupos obreros que los envían. Pueden ser llamados de regreso y ser reemplazados en cualquier momento. Así, los obreros que les dieron el mandato mantienen el poder en sus propias manos.

Por otro lado, los miembros del parlamento son escogidos por un número fijo de años; sólo en las votaciones son amos los ciudadanos --en este único día en el que escogen a sus delegados--. Una vez este día ha pasado, su poder se ha esfumado y los delegados son independientes, libres para actuar hasta el término de esos años según su propia 'conciencia', sólo restringidos por el conocimiento de que después de este periodo tienen que encarrar a los votantes nuevamente; pero entonces, cuentan con captar sus votos mediante una ruidosa campaña electoral, bombardeando a los confusos votantes con eslóganes y frases demagógicas. De este modo, no son los votantes sino los parlamentarios quienes son los amos reales que deciden la política. Y los votantes ni siquiera envían a personas de su propia opción como delegados; son presentados ante ellos por los partidos políticos. Y entonces, si suponemos que las personas pudieran seleccionar y enviar personas de su propia opción, estas personas no formarían al gobierno; en la democracia parlamentaria el legislativo y los poderes ejecutivos están separados. El gobierno real que domina a las personas está formado por una burocracia de funcionarios que se mueve tan lejos del voto de las personas que es prácticamente independiente. Así es como es posible que la dominación capitalista se mantenga a través del sufragio general y la democracia parlamentaria. Esto es así por que, en los países capitalistas dónde la mayoría de las personas pertenece a la clase obrera, esta democracia no puede llevar a una conquista del poder político. Para la clase obrera, la democracia parlamentaria es una democracia farsante, considerando que la representación del consejo es la democracia real: el gobierno directo de los obreros sobre sus propios asuntos.

La democracia parlamentaria es la forma política en la que los diferentes intereses importantes en una sociedad capitalista ejercen su influencia en el gobierno. Los delegados representan ciertas clases: campesinos, comerciantes, industriales, obreros; pero no representan la voluntad común de sus votantes. De hecho, los

votantes de un distrito no tienen ninguna voluntad común; son una asamblea de individuos, los capitalistas, obreros, tenderos, viviendo por casualidad en el mismo lugar, teniendo intereses contrarios de partido.

Los delegados del consejo, por otro lado, son enviados por un grupo homogéneo para expresar su voluntad común. Los consejos no están sólo hechos de obreros, teniendo intereses de clase comunes; son un grupo natural, trabajando juntos como el personal de una fábrica o sección de una planta grande, y están entre sí en íntimo contacto diario, teniendo el mismo adversario, teniendo que decidir como obreros compañeros sus acciones comunes, en las que han de actuar de forma unitaria; no sólo en las cuestiones de la huelga y la lucha, sino también en la nueva organización de la producción. La representación del consejo no se funda en la agrupación sin sentido de pueblos adyacentes o distritos, sino en los agrupamientos naturales de los obreros en el proceso de producción, la base real de sociedad.

Sin embargo, no deben confundirse los consejos con la representación corporativa propagada en los países fascistas. Ésta es una representación de las distintas profesiones u ocupaciones (amos y obreros combinados), considerados como componentes fijos de la sociedad. Esta forma pertenece a una sociedad medieval con clases fijas y gremios, y en su tendencia a petrificar los grupos de interés es aun peor que el parlamentarismo, donde los nuevos grupos y los nuevos intereses que ascienden con el desarrollo del capitalismo encuentran pronto su expresión en el parlamento y el gobierno.

La representación del consejo es completamente diferente porque es la representación de una clase comprometida en la lucha revolucionaria. Representa sólo los intereses de la clase obrera, y impide la participación de los delegados capitalistas y de los intereses capitalistas. Niega el derecho de existencia a la clase capitalista en la sociedad e intenta eliminar a los capitalistas apropiándose de los medios de producción. Cuando con el progreso de la revolución los obreros deben asumir las funciones de la organización de la sociedad, la misma organización del consejo es su instrumento. Esto significa que los consejos obreros son entonces los órganos de la dictadura del proletariado. Esta dictadura del proletariado no es un sistema de votación astutamente ideado que excluye a los capitalistas y la burguesía artificialmente de las votaciones electorales. Es el ejercicio del poder en la sociedad por los órganos naturales de los obreros, estructurando el aparato productivo como la base de sociedad. En estos órganos de los obreros, consistentes en delegados de sus variadas ramas en el proceso de producción, no hay ningún lugar para ladrones o explotadores que permanezcan fuera del trabajo productivo. Así, la dictadura de la clase obrera es al mismo tiempo la democracia más perfecta, la democracia de los obreros reales, excluyendo a la clase de los explotadores que está en desaparición.

Los adherentes de las viejas formas de organización exaltan la democracia como el único derecho y forma política justa, como contraria a la dictadura, una forma injusta. El marxismo no conoce nada de derecho abstracto o justicia; explica las formas políticas en que la humanidad expresa sus pareceres de derecho político como consecuencias de la estructura económica de la sociedad. En la teoría marxiana podemos encontrar también la base de la diferencia entre la democracia parlamentaria y la organización del consejo. Tal y como la democracia burguesa y la democracia proletaria, respectivamente, reflejan el carácter diferente de estas dos clases y sus sistemas económicos.

La democracia burguesa se funda en una sociedad consistente en un gran número de pequeños productores independientes. Quieren que un gobierno cuide de sus intereses comunes: la seguridad pública y el orden, la protección del comercio, los sistemas uniformes de medida y moneda, la administración legislativa y judicial. Todas estas cosas son necesarias para que todos puedan hacer su negocio a su propia manera. El negocio privado recibe toda la atención, forma los intereses vitales de todos, y esos factores políticos son, aunque necesarios, sólo secundarios y exigen sólo una parte pequeña de su atención. El contenido principal de vida social, la base de la existencia de la sociedad, la producción de todos los bienes necesarios para la vida, es dividida dentro del negocio privado de ciudadanos separados, por lo que es natural que tome casi todo su tiempo, y esa política, su asunto colectivo, es una cuestión subordinada, provisora solamente de condiciones auxiliares. Sólo en los movimientos revolucionarios burgueses hacen que las gentes tomen las calles. Pero en tiempos ordinarios la política es dejada a un pequeño grupo de especialistas, políticos, cuyo trabajo simplemente consiste en el cuidado de estas condiciones generales, políticas, del negocio burgués.

Lo mismo es también verdad para los obreros, con tal de que ellos sólo piensen en sus intereses directos. En el capitalismo trabajan largas horas, toda su energía se agota en el proceso de explotación, y la poca capacidad mental y el pensamiento fresco les abandonan. Ganar su salario es la necesidad más inmediata de su vida; sus intereses políticos, su interés común en la salvaguarda de sus intereses como asalariados puede ser importante, pero todavía es secundario. Por eso dejan esta parte de sus intereses también a especialistas, a sus políticos del partido y a sus jefes sindicales. Votando como ciudadanos o afiliados, los obreros podrán dar algunas instrucciones generales, así como los votantes de la clase media pueden influir en sus políticos, pero sólo parcialmente, porque su atención principal debe permanecer concentrada en su trabajo.

La democracia proletaria bajo el comunismo depende justo de las condiciones económicas opuestas. No se funda en la producción privada sino en la producción colectiva. La producción de las necesidades de la vida no es por más tiempo un negocio personal, sino un asunto colectivo. Los asuntos colectivos, formalmente llamados asuntos políticos, ya no son secundarios, sino el objeto principal del pensamiento y la acción para todos. Lo que se llamó la política en la sociedad anterior --un dominio para especialistas-- se ha vuelto el interés vital de todo obrero. No es el afianzamiento de algunas condiciones necesarias de la producción, es el proceso y la regulación mismos de la producción. La separación de asuntos e intereses privados y colectivos ha cesado. Ya no es necesario un grupo separado o clase de especialistas que cuiden de los asuntos colectivos. A través de sus delegados del consejo, que los ligan entre sí, los productores mismos están manejando su propio trabajo productivo.

Las dos formas de organización no se distinguen en que una se funda en una base tradicional e ideológica, y la otra en la base productiva material de sociedad. Los dos se fundan sobre la base material del sistema de producción, una en el sistema decadente del pasado, la otra en el sistema progresivo del futuro. Ahora mismo estamos en el periodo de transición, el tiempo del capitalismo avanzado y los comienzos de la revolución proletaria. En el capitalismo avanzado el viejo sistema de producción ha sido ya destruido en sus fundamentos; la extensa clase de productores independientes ha desaparecido. La parte principal de la producción es el trabajo colectivo de extensos grupos de obreros; pero el mando y la propiedad han permanecido en manos privadas. Este estado contradictorio es mantenido por los fuertes coeficientes de poder de los capitalistas, especialmente el poder estatal ejercido por los gobiernos. La tarea de la revolución proletaria es destruir este poder estatal; su contenido real es la apropiación de los medios de producción por los obreros. *El proceso de la revolución es una alternación de acciones y derrotas que construyen la organización de la dictadura proletaria*, que al mismo tiempo es la disolución, paso a paso, del poder estatal capitalista. Por lo tanto este es el proceso de reemplazo del sistema de organización del pasado por el sistema de organización del futuro.

[Los límites de las viejas formas de actividad se corresponden al nivel de lucha reformista, su superación se nos presenta en germen en las acciones espontáneas]

Estamos sólo en los principios de esta revolución. El siglo de lucha de clases que queda detrás nuestra no puede ser considerado un principio como tal, sino sólo un preámbulo. Desarrolló un conocimiento teórico inestimable, encontró valientes palabras revolucionarias para desafiar a la afirmación capitalista de ser el sistema social final; despertó a los obreros de la desesperación de la miseria. Pero su lucha real permanecía limitada dentro de los confines del capitalismo, era una acción a través de la mediación de jefes y sólo buscó poner a amos blandos en el lugar de los duros. Sólo un parpadeo súbito de revuelta, como huelgas políticas o masivas que estallan contra la voluntad de los políticos, anunciaron de vez en cuando el futuro de la acción de masas autodeterminada. Cada huelga salvaje, al no tomar sus dirigentes y reclamos de las oficinas de partidos y sindicatos, es una indicación de este desarrollo, y al mismo tiempo un paso pequeño en su dirección. Todos los poderes existentes en el movimiento proletario, los partidos socialistas y comunistas, los sindicatos, todos los jefes cuya actividad se liga a la democracia burguesa del pasado, denuncian estas acciones masivas como perturbaciones anarquistas. A causa de que su campo de visión está limitado a sus viejas formas de organización, no pueden ver que *las acciones espontáneas de los obreros llevan en ellas los gérmenes de formas superiores de organización*. En los países fascistas, donde la democracia burguesa ha sido destruida, las tales acciones masivas espontáneas serán la única forma de la futura revuelta proletaria. Su tendencia no será una restauración de la democracia de la clase media anterior, sino un adelanto en la dirección de la democracia proletaria, es decir, la dictadura de la clase obrera.

El texto de Pannekoek aparecía primero bajo su seudónimo J. Harper en el periódico americano Living Marxism (No 5, Nov 1938). Esta versión se toma de la traducción inglesa del libro de Serge Bricanier 'Pannekoek y los Consejos Obreros', Telos Press 1978.

***Publicado digitalmente por el
Grupo de Comunistas de Conselhos da Galiza (Estado espanhol)
www.geocities.com/comunistasdeconselhos
praxis-viva@mixmail.com***